



# LA GUERRA DE UCRANIA: EL REGRESO DE LA POLÍTICA DEL PODER

## Una realidad incómoda para Europa

**E**L 24 de febrero de 2022 devolvió a Europa una realidad que sus élites políticas, sociales y estratégicas habían preferido ignorar: la del poder como fuerza determinante en las relaciones internacionales y la guerra como instrumento político, no como un anacronismo superado por la historia. Dos años después, el 12 de febrero de 2025, el presidente estadounidense Donald Trump anunciaba la apertura de negociaciones con su homólogo ruso para poner fin a la guerra de Ucrania. Días antes, su secretario de Defensa había dejado claro que no era realista esperar que Kiev recuperase las fronteras anteriores a 2014, ni que ingresara en la Alianza Atlántica, ni que Washington ofreciera garantías de seguridad a Ucrania tras el fin de las hostilidades. Estos anuncios confirmaban, por si quedaba alguna duda, que para Estados Unidos la guerra en Europa no es un asunto de interés vital, sino un problema exclusivamente europeo<sup>1</sup>.

Ambos hechos ilustran el abrupto regreso a un mundo en el que, como sentenció Tucídides

hace veinticinco siglos, «los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben». Un mundo donde la geopolítica ha recuperado su centralidad en la agenda occidental, exponiendo la fragilidad de un derecho internacional incapaz de garantizar su propio cumplimiento y enterrando definitivamente las ilusiones nacidas tras la caída del Muro de Berlín, la disolución de la Unión Soviética y el efímero momento unipolar estadounidense. Un mundo que propinaba una bofetada de realidad a una Unión Europea anclada en la retórica de la «autonomía estratégica», su papel como potencia normativa y sus grandilocuentes declaraciones sobre Ucrania.

A nivel geoestratégico, la guerra volvió a Europa porque los mecanismos de seguridad, distensión y disuasión heredados de la Guerra Fría han fracasado o han sido negligidos por las partes implicadas. Este fracaso de la disuasión descansa, en buena medida, sobre dos errores de cálculo<sup>2</sup>. Primero, el de todos aquellos que creían que Rusia, una potencia paranoica, estratégicamente defensiva, tácticamente ofensiva, cada vez más nacionalista

1. Para seguir el desarrollo diplomático, estratégico, operacional y táctico de la guerra de Ucrania, la fuente imprescindible en español es el sitio web *La guerra de Ucrania* (<http://www.guerradeucrania.com>), que contiene los informes diarios de la *Revista Ejército*.

2. Para observar los errores de cálculo y de inteligencia occidentales, es muy recomendable la lectura de: Cohen, E.; O'Brien, P. (2025): *The Russia-Ukraine War. A Study in Analytic Failure*. Washington DC: CSIS.

y temerosa de la estabilidad de su régimen<sup>3</sup>, nunca cruzaría el umbral del conflicto abierto. Una Rusia que consideraba a Ucrania no sólo parte integral de su historia y cultura<sup>4</sup>, sino una pieza central de su zona de seguridad frente a las potencias euroatlánticas<sup>5</sup>. Los que creían que Moscú se mantendría en la cómoda —para todos, especialmente para los europeos y aliados— zona gris que venía implementando desde antes de la anexión de Crimea y el apoyo a las milicias del Donbás en 2014. Una zona gris que podía comprender desde ciberataques, desinformación o presión económica hasta diplomacia coercitiva, acciones militares limitadas y una guerra proxy en el este del país. Segundo, el que experimentó Rusia acerca de la posibilidad de decapitar el liderazgo



Milicianos patrullan las calles de Sloviansk.  
 (Fuente: [www.wikipedia.org](http://www.wikipedia.org))

3. Minic, D. (2023): *Pensée et culture stratégiques russes: Du contournement de la lutte armée à la guerre en Ukraine*. París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme.

4. Recuérdense, en este sentido, el fatídico y clarificador discurso de Vladimir Putin titulado «Sobre la histórica unidad de rusos y ucranianos» del 12 de julio de 2021, que anticiparía la «Operación Militar Especial» de febrero de 2022, <http://en.kremlin.ru/events/president/news/66181>

5. Algo que ya había sido vaticinado tanto por el teórico realista ofensivo John Mearsheimer en 2014 («Why the Ukraine Crisis Is the West's Fault», *Foreign Affairs*, 93(5), 2014, pp. 77–90) como había planteado el geopolitólogo Zbigniew Brzezinski en su famosa obra *El gran tablero mundial* (Madrid: Paidós, 1997) cuando argumentó que Ucrania es la bisagra que define el destino de Rusia, afirmando que: «... sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio euroasiático; con Ucrania subordinada, Rusia se convierte automáticamente en un imperio».

político ucraniano y de la voluntad de resistencia de su población, de sus propias capacidades militares y de la reacción occidental. La disuasión está concebida para que un adversario con contenciosos pendientes no sucumba a la atávica tentación de usar la fuerza para resolverlos ante el probable alto coste de esa decisión. Quizás Putin interpretó que podría realizar un golpe de mano decisivo en 24-48 horas, que el Gobierno ucraniano se desmoronaría como un castillo de naipes, que su maquinaria de desinformación distraería a la ciudadanía occidental, que su señalización nuclear paralizaría a sus gobiernos y que Estados Unidos —que en 2016 había reconocido que Ucrania era un interés vital para Moscú, pero no para Washington<sup>6</sup>— no ejercería la disuasión. En consecuencia, optó por recurrir a la fuerza para alterar por medios coercitivos una realidad que ya no favorecía a Moscú, confiando en la estrategia clásica de los hechos consumados, donde la velocidad inicial es clave para condicionar cualquier respuesta internacional posterior<sup>7</sup>.

Paradójicamente, la disposición de Rusia a recurrir a la fuerza, la resiliencia política y militar ucraniana frente al primer golpe y la dependencia energética europea han terminado por empujar a la Unión Europea a abandonar parte de su prolongado letargo estratégico y plantearse, al menos en términos declarativos,

su evolución de potencia normativa a actor estratégico<sup>8</sup>. El *shock* provocado por el anuncio del 12 de febrero de 2025 y la constatación de la desvinculación progresiva de Estados Unidos de la seguridad europea aceleraron iniciativas ya en marcha y justificaron el ambicioso paquete de 800.000 millones de euros anunciado por la Comisión Europea bajo el plan ReArm Europe/Readiness 2030, que se sumaba al refuerzo del Fondo Europeo para la Paz, la adopción de la Brújula Estratégica y los progresivos esfuerzos en materia de reindustrialización de defensa<sup>9</sup>.

No obstante, conviene mantener la perspectiva. La Comisión Europea carece de competencias directas en materia de defensa, por lo que su papel se limita a articular incentivos financieros e industriales, pero no a generar capacidades militares concretas. Aunque el compromiso aliado asumido en la Cumbre de La Haya del pasado julio de alcanzar el 5 por 100 del Producto Interior Bruto (PIB) en gasto en defensa representa un avance simbólico, este esfuerzo se enfrenta a la heterogeneidad de intereses entre Estados miembros, a la dispersión industrial y, sobre todo, a una cultura estratégica marcada por la convicción de que la guerra es una anomalía histórica, no algo estructural de las relaciones internacionales<sup>10</sup>.

6. Goldberg, J. (1 de abril 2016): «The Obama Doctrine». *The Atlantic*, <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/04/the-obama-doctrine/471525/>. Precisamente, este mismo argumento sería esgrimido por la Administración Trump años después, cuando recordó que su principal prioridad se situaba en el Indo-Pacífico.

7. Colom, G. (2023): «Pensamiento militar ruso y suposiciones sobre la zona gris y la guerra en Ucrania». *Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE*, 8(2), pp. 91-103.

8. Colom, G. (2022): «Retorno de la Historia». *Ejército*, 974, pp. 10-17.

9. European Union Institute for Security Studies (2025): *Commission's 'Readiness 2030': Strategic Sovereignty and the European Defence Industry*. París: EUISS, <https://www.iss.europa.eu/news/commission-readiness-2030-strategic-sovereignty-european-defence-industry>

10. Helwig, N. (2023): «Culture shock: The EU's foreign and security policy and the challenges of the European Zeitenwende». *Zeitschrift für Politikwissenschaft (ZPol)*, 33, pp. 487-497.

Esta visión sigue condicionando el desarrollo de una auténtica «autonomía estratégica» europea, en la medida en que persiste una notable resistencia a entender la fuerza como un componente consustancial de la política del poder (*power politics*). Tampoco debe extrañarnos: la Unión Europea ha construido su identidad sobre el rechazo de la violencia y la apuesta por el derecho y las normas, lo que dificulta su transformación en un actor capaz de operar en un entorno donde la competición estratégica y el recurso a la fuerza son elementos inherentes en las relaciones entre Estados. Si bien los anuncios recientes suponen una aceleración en comparación con las décadas precedentes, no garantizan que Europa disponga, ni a medio ni a largo plazo, de las capacidades militares necesarias para sostener su autonomía estratégica en ausencia del paraguas estadounidense<sup>11</sup>. No en vano, transformar inversiones para potenciar la base tecnológica e industrial de la defensa europea en un catálogo de capacidades militares creíble<sup>12</sup> requiere tiempo, voluntad política sostenida, planificación coherente a largo plazo y superar décadas de atrofia estratégica<sup>13</sup>.

En definitiva, la respuesta europea a la guerra de Ucrania ha estimulado una cierta revitali-

zación de la defensa continental, pero las brechas en términos de capacidades, interoperabilidad, sostenibilidad industrial y cultura estratégica siguen siendo demasiado profundas para afirmar que Bruselas se encamina, por ahora, hacia una verdadera «autonomía estratégica». Tal y como han vuelto a demostrar los debates sobre formación de una «coalición de voluntarios» para garantizar una paz duradera en Ucrania, Europa continúa sin disponer de los medios militares necesarios para sostener por sí misma una disuasión creíble en su vecindad, y su Política Común de Seguridad y Defensa sigue marcada por dependencias estructurales, tanto en el plano industrial como en el político y militar, respecto a Estados Unidos<sup>14</sup>.

Asimismo, la concesión a Ucrania del estatus de país candidato ha reforzado la narrativa de un renovado compromiso político de Bruselas hacia su vecindad oriental, pero esta decisión también anticipa futuros conflictos dentro de la propia Unión Europea. Persisten profundas discrepancias entre los Estados miembros sobre el grado de apoyo a Kiev, los límites del compromiso y, en última instancia, la visión estratégica del futuro europeo. Estas diferencias —entre quienes conciben el conflicto

11. Pulido, G. (14 de febrero 2020): «Las miserias de la defensa europea». *Revista Ejército*, <https://www.revistaejercitos.com/articulos/las-miserias-de-la-defensa-europea>

12. Es sorprendente que en 2025 todavía exista la tendencia en asimilar una capacidad militar con un sistema de armas. Más concretamente, una «capacidad militar» es la facultad de lograr un efecto militar deseado en un entorno operativo genérico, pudiendo estar compuesta por distintos elementos interrelacionados. En nuestro caso, combina Doctrina, Organización, Adiestramiento, Material, Personal e Interoperabilidad (MIRADO-1), algo que va mucho más allá de lo que puede proporcionar la Unión Europea con sus planes industriales, orientados a lo sumo a desarrollar sistemas de armas específicos.

13. Villanueva, C. (21 de julio 2025): «Jaqué al rey: por qué la industria europea de defensa necesita un cambio de paradigma». *Revista Ejército*, <https://www.revistaejercitos.com/articulos/jaque-al-rey-por-que-la-industria-europea-de-defensa-necesita-un-cambio-de-paradigma/>, y Villanueva, C.; Cózar, B. (2025): «¿Está preparada Europa para una guerra?». *Estrategia podcast* 133, [https://open.spotify.com/episode/53TnNbwRQpXBSID6UI0hqw?go=1&sp\\_cid=6208444bb88a85a0c2c27ce9921b5bce&utm\\_source=embed\\_player\\_p&utm\\_medium=desktop](https://open.spotify.com/episode/53TnNbwRQpXBSID6UI0hqw?go=1&sp_cid=6208444bb88a85a0c2c27ce9921b5bce&utm_source=embed_player_p&utm_medium=desktop)

14. Puka, A. (2024): «EU Strategic Autonomy and Defense Capabilities After the Russian Invasion in Ukraine», en Lika, E.; Riga, D. (eds.): *EU Geopolitical Actorness in a Changing World*. Londres: Palgrave, MacMillan, pp. 309-332.



La fragata ucraniana *Hetman Sahaidachny*, buque insignia de la Marina ucraniana, fue hundida en Mykolaiv para evitar que las fuerzas rusas la capturaran. (Fuente: [www.wikipedia.org](http://www.wikipedia.org))

como una lucha existencial por la seguridad europea y los que no— se acentuarán conforme se prolongue esta guerra, que ya ha superado los cuatro años de duración y aumenten las tensiones derivadas del coste económico, político y social del conflicto<sup>15</sup>.

Por lo tanto, pese a los avances recientes, la falta de una arquitectura de seguridad europea coherente y robusta sigue constituyendo un riesgo central para la estabilidad del continente. Mientras no se traduzca en capacidades definidas y en una disuasión convencional efectiva sobre Moscú, el refuerzo institucional promovido desde Bruselas tendrá efectos limitados. Si la guerra de Ucrania no se concreta, en el medio plazo, en una arquitectura de seguridad euroatlántica más firme y creíble, con un reparto de cargas (*burden sharing*) más

equitativo entre los aliados que permita lograr el desplazamiento de cargas (*burden shifting*) ansiado por Washington para concentrar su atención en el Indo-Pacífico<sup>16</sup>, Europa se arriesga a perpetuar los mismos errores estratégicos que cometió antes de 2022.

### ¿Una reconfiguración del poder global?

Sin embargo, la guerra de Ucrania representa mucho más que un conflicto localizado en suelo europeo. Constituye un síntoma de una reconfiguración más profunda en el escenario geopolítico global, un fenómeno que refleja la creciente fragmentación del sistema internacional que emergió tras la Guerra Fría. Este conflicto no sólo tiene implicaciones para las fronteras, la geopolítica europea o el desenlace

15. Colom, G. (20 de marzo 2025): «Cómo terminan las guerras». *Documento de Opinión del IEEE*, 20, pp. 1-13, [https://www.defensa.gob.es/ceseden/-/ieee/como\\_terminan\\_las\\_guerras](https://www.defensa.gob.es/ceseden/-/ieee/como_terminan_las_guerras)

16. Barry, B., et al. (2025): *Defending Europe Without the United States: Costs and Consequences*. Londres: The International Institute for Strategic Studies (IISS).

militar, sino que también pone en evidencia los límites de la disuasión occidental, las fragilidades y fortalezas de Rusia, la aparición de nuevas dinámicas en el «sur global» y el estancamiento de las sanciones como herramienta de presión. Además, ha dejado claro que el orden internacional liberal, surgido en la década de 1990 y posibilitado por la hegemonía estadounidense, ya no es sostenible ni inalterable.

El sistema internacional Posguerra Fría se sustentó en la Pax Americana<sup>17</sup>, caracterizada por una red de alianzas, instituciones multilaterales y un marco normativo que favorecía la expansión del modelo democrático-liberal. Sin embargo, ese orden no ha sido estático y ha estado bajo la revisión de sus propios promotores<sup>18</sup>. Estados Unidos, a pesar de ser su principal valedor, también ha mostrado en múltiples ocasiones su voluntad de acomodar ese orden —o no someterse a él cuando podía limitar su poder hegemónico— para alinearlo con sus intereses estratégicos, políticos y económicos.

A medida que el conflicto en Ucrania se prolonga, la percepción de que ni Rusia podrá detener su declive como potencia ni Occidente podrá preservar intacto el orden liberal internacional se hace cada vez más evidente. Pero este choque no puede reducirse a un enfrentamiento entre democracias *versus*

autocracias, entre orden basado en reglas *versus* revisionistas y, ni mucho menos, a una disputa por el futuro de Ucrania. En realidad, lo que está en juego es la evolución del orden internacional hacia un sistema multipolar, aunque asimétrico, o un bipolarismo imperfecto, marcado por la rivalidad sistémica entre Estados Unidos y China. En este escenario, actores disruptivos como Rusia, Irán o Corea del Norte<sup>19</sup> e insatisfechos con Occidente como el «sur global» tienen un papel creciente, contribuyendo así a la fragmentación del sistema internacional y a la transformación de las relaciones de poder<sup>20</sup>. Una transformación que, entre otros efectos, producirá un retorno a las áreas de influencia y la proliferación de las zonas grises.

La incapacidad de las organizaciones internacionales y del derecho internacional para evitar esta deriva<sup>21</sup> o imponer límites a las grandes potencias ha confirmado que el realismo político sigue siendo el paradigma más adecuado para entender las relaciones internacionales actuales. Este enfoque, que entiende la política internacional como un juego de poder donde las naciones actúan según sus intereses, se ha visto reafirmado por la crisis en Ucrania. La noción de que la Pax Americana está llegando a su fin es una de las principales lecciones de este conflicto, que refleja las tensiones inherentes a un sistema que ya no se ajusta a las realidades geopolíticas contemporáneas.

17. En términos generales, la Pax Americana se refiere al período de predominio de Estados Unidos en el orden internacional después de la Segunda Guerra Mundial. Este dominio fue caracterizado por la expansión del liberalismo económico y político bajo el liderazgo estadounidense, con instituciones como la ONU, el FMI y el Banco Mundial, que fomentaban un sistema multilateral con Washington como centro.

18. Besch, S.; Varma, T. (2025): «Alliance of Revisionists: A New Era for the Transatlantic Relationship». *Survival*, 67(2), pp. 7-38.

19. Groitl, G. (2023): *Russia, China and the Revisionist Assault on the Western Liberal International Order*. Londres: Routledge.

20. Kupchan, C. (2012): *No One's World: The West, the Rising Rest, and the Coming Global Turn*. Londres: Oxford University Press.

21. Hakimi M.; Cogan, J. (2025): «The End of the US-Backed International Order and the Future of International Law». *American Journal of International Law*, 119(2), pp. 279-290.

Aunque este orden liberal internacional más aspiracional que real<sup>22</sup> ha sido criticado por su carácter hegemónico, unilateral y, en ocasiones, coercitivo, también proporcionó un nivel de estabilidad y predictibilidad que hoy parece disolverse rápidamente. A pesar de que algunos celebran el fin de esta hegemonía como una oportunidad para fortalecer el multilateralismo, la realidad apunta a un mundo más inestable y fragmentado. Un orden mundial que será más vulnerable a los caprichos de la lógica del poder en sus múltiples dimensiones<sup>23</sup>. Lógicas que, como hemos visto, los europeos hemos despreciado, olvidado y, aparentemente, superado.

Este nuevo contexto geopolítico estará marcado por la competición estratégica abierta entre potencias globales y regionales, lo que va a minar lo que aún queda del derecho internacional. En este escenario, las zonas grises —esos espacios ambiguos entre la paz y el umbral del conflicto armado<sup>24</sup>— se expandirán y se tornarán más asertivas, facilitando con ello la consolidación de nuevas esferas de influencia<sup>25</sup>. Sin embargo, éstas han dejado de ser un juego exclusivo

de territorios físicos. Ahora, esas zonas de poder son virtuales, tecnológicas o estratégicas. La guerra por los chips, por los semiconductores, por la inteligencia artificial o por la infraestructura 5G es ahora el núcleo de la competencia entre potencias. Estas tecnologías ya no son sólo el futuro de la innovación, sino que constituyen la columna vertebral de la autonomía estratégica de los Estados<sup>26</sup>. Los países que dominan estos sectores tienen la capacidad de moldear no sólo su desarrollo económico, sino también las reglas del juego global.

### ¿Y Ucrania?

Más de cuatro años después del inicio de la «Operación Militar Especial», Rusia parece haber alcanzado una posición de relativa estabilidad militar en el campo de batalla, aunque a costa de incurrir en enormes costes materiales y humanos. Lo que comenzó como una operación relámpago orientada a provocar un cambio de régimen en Kiev y restaurar el control ruso sobre Ucrania ha degenerado en una guerra de atrición, en la que Moscú ha

22. Allison, G. (2018): «The Myth of the Liberal Order: From Historical Accident to Conventional Wisdom». *Foreign Affairs*, 97, pp. 124-133.

23. Elsner, M.; Atkinson, G.; Zahidi, S. (2025): *The Global Risks Report 2025*. Ginebra: World Economic Forum, [https://reports.weforum.org/docs/WEF\\_Global\\_Risks\\_Report\\_2025.pdf](https://reports.weforum.org/docs/WEF_Global_Risks_Report_2025.pdf)

24. Mazarr, M. (2015): *Mastering the Gray Zone: Understanding a Changing Era of Conflict*. Carlisle Barracks: US Army Strategic Studies Institute.

25. Una esfera de influencia puede definirse como un espacio geográfico o funcional sobre el que una gran potencia ejerce un control o influencia decisiva, generalmente excluyendo la intervención de terceros. Este concepto parte de la premisa de una estructura jerárquica en el sistema internacional, en la que los Estados más poderosos delimitan zonas que consideran de interés vital y sobre las que se arrogan derechos preferenciales en términos de seguridad, política exterior y economía. A diferencia de las dinámicas imperiales o la anexión territorial, el ejercicio de esta influencia no requiere necesariamente la ocupación directa, sino que se articula mediante una combinación de superioridad militar, preeminencia económica, supremacía normativa, influencia cultural y dependencia tecnológica. Estas dinámicas otorgan a la potencia dominante la capacidad de condicionar la toma de decisiones de los actores situados dentro de su esfera, limitando su autonomía estratégica y restringiendo la injerencia de otros competidores en dicho espacio (Coole, A.; Nexon, D. (2020): *Exit from Hegemony: The Unraveling of the American Global Order*. Oxford: Oxford University Press).

26. Weber, V. (2020): *Making Sense of Technological Spheres of Influence*. Londres: LSE Ideas.



Tropas rusas durante la «Operación Militar Especial» en el Donbás. (Fuente: [www.rtve.es](http://www.rtve.es))

tenido que adaptar sus objetivos a la evolución del terreno y a la inesperada resiliencia del adversario<sup>27</sup>.

Tras el fracaso inicial de su ofensiva estratégica sobre Kiev, el Kremlin reorientó su esfuerzo hacia objetivos más limitados, como la consolidación del control sobre Crimea, el Donbás y los corredores del sur de Ucrania. Esta mutación refleja tanto el carácter adaptativo como la profunda impronta atricial de la cultura estratégica rusa, históricamente dispuesta a asumir sacrificios humanos y materiales para imponerse en guerras prolongadas<sup>28</sup>. Desde entonces, Moscú ha recurrido a un enfoque de desgaste sostenido, basado en el uso masivo

de artillería, drones y ataques contra infraestructuras críticas para minar la resistencia ucraniana y erosionar la voluntad de los socios europeos y aliados.

No obstante, aunque Rusia ha demostrado una notable adaptación en términos doctrinales, logísticos y tecnológicos<sup>29</sup>, logrando avances tácticos a lo largo del pasado año, esta estrategia tampoco le ha permitido alcanzar sus objetivos iniciales<sup>30</sup>. Por el contrario, su agresión ha reforzado la cohesión nacional ucraniana, consolidado su identidad colectiva en torno a la resistencia contra Rusia e intensificado su dependencia respecto a Estados Unidos y la Alianza Atlántica.

27. Cózar, B., et al. (2025): *La guerra de Ucrania IV. De la caída de Avdiivka a la invasión de Kursk*. Madrid: Catarata-Ejércitos.

28. Stone, D. (2006): *A Military History of Russia: From Ivan the Terrible to the War in Chechnya*. Westport: Praeger

29. Ryan, M. (5 de febrero 2024): «Russia's Adaptation Advantage». *Foreign Affairs*, <https://www.foreignaffairs.com/ukraine/russias-adaptation-advantage>

30. Provoos, M.; Balcaen, P. (2025): «Strategic victory over tactical success: a Clausewitzian analysis of Russian strategy in Ukraine». *Defense & Security Analysis*, pp. 1-26, <https://doi.org/10.1080/14751798.2025.2518635>



Militares españoles en las macromaniobras Steadfast Dart 25 de la OTAN en el este de Europa.  
(Fuente: EMAD)

De todas formas, esta guerra también ha desencadenado consecuencias estratégicas contrarias a los intereses rusos. La ampliación de la Alianza Atlántica a Finlandia y Suecia ha reforzado la postura defensiva del flanco norte y oriental de Europa, mientras que los compromisos adquiridos por los aliados en términos de presupuesto, capacidades y despliegues pueden transformar la seguridad europea<sup>31</sup>. Aunque Estados Unidos está consolidando su giro al Indo-Pacífico para contener a China, si los aliados europeos asumen sus compromisos para garantizar la disuasión convencional del continente es muy probable que Washington continúe proporcionando el paraguas nuclear

y los capacitadores estratégicos necesarios para disuadir a Rusia de nuevas aventuras<sup>32</sup>. En este contexto, Moscú parece apostar por el tiempo como su principal aliado. Al consolidar su control sobre los territorios ocupados, prolongar el conflicto y explotar la fatiga política y social de las sociedades occidentales, el Kremlin refuerza su posición negociadora. Cualquier acuerdo que garantice la neutralidad con ascendencia rusa de Ucrania y reconozca *de facto* su esfera de influencia sobre el país podrá presentarse como un éxito estratégico. No en vano, impedir el anclaje definitivo de Kiev a la órbita euroatlántica ha sido siempre un objetivo prioritario para Rusia.

---

31. Evans, A.; Marcinek, K.; Danaf, O. (2025): «Will Europe Rebuild or Divide? The Strategic Implications of the Russia-Ukraine War for Europe's Future». Santa Monica: RAND Corporation, [https://www.rand.org/pubs/research\\_reports/RRA3141-5.html](https://www.rand.org/pubs/research_reports/RRA3141-5.html)  
32. Horschig, D.; Chevreuril, A. (13 de marzo 2025): «Can France and the United Kingdom Replace the US Nuclear Umbrella?». Nuclear Network CSIS, <https://nuclearnetwork.csis.org/can-france-and-the-united-kingdom-replace-the-u-s-nuclear-umbrella/>

Esta lógica encaja con la estrategia de Estados Unidos (y sus aliados), que han optado por una visión más pragmática frente a la situación en Ucrania. En lugar de perseguir una «victoria estratégica» contra Rusia —como propugnaban los liberales internacionalistas, que apostaban por un apoyo ilimitado a Ucrania, movidos más por razones ideológicas que por consideraciones estratégicas—, desde sus inicios la postura buscó un equilibrio más cauteloso. La premisa no era derrotar a Rusia a toda costa, sino degradarla en un conflicto prolongado<sup>33</sup> gestionando magistralmente la escalada, pero sin arriesgarse a un choque directo. En otras palabras, la guerra de Ucrania tiene muchos elementos de conflicto por delegación (*proxy*) entre Washington y Moscú<sup>34</sup>.

Sin embargo, a pesar de la degradación experimentada por Rusia tras cuatro años de guerra, su resistencia ha frustrado las expectativas de su colapso y ha evidenciado la resiliencia de su modelo político, económico y militar, a pesar de las sanciones, el aislamiento internacional o el coste humano del conflicto.

El balance estratégico a medio plazo es, por lo tanto, ambiguo. Rusia ha logrado estabilizar el frente y afianzar su control sobre territorios clave, pero ha pagado un alto precio por ello. Su imagen como potencia militar convencional ha quedado erosionada, el deterioro de sus relaciones con Europa es irreversible —al menos en el corto-medio plazo— y su dependencia respecto a China se ha profundizado.

Del mismo modo, aunque Ucrania está debilitada militarmente, desgastada socialmente y erosionada demográficamente, ha emergido de esta guerra como una nación cohesionada, decidida a integrarse en las estructuras políticas y económicas de Occidente, aunque no necesariamente en las militares. En suma, Moscú no ha perdido la guerra, pero tampoco la ha ganado en los términos propuestos por sus estrategias cuando lanzaron la «Operación Militar Especial» el 24 de febrero de 2022.

### Conclusiones

La guerra de Ucrania ha reavivado una realidad que, aunque olvidada en los últimos decenios, nunca desapareció por completo: la política internacional sigue regida por la lógica del poder. La Unión Europea, principal abanderada del orden internacional basado en normas propuesto por Estados Unidos y que había declarado a los cuatro vientos su vocación de «potencia normativa», se ha visto arrastrada de nuevo hacia un mundo en el que la fuerza sigue siendo un determinante crucial. Este regreso al realismo es incómodo para una Unión construida sobre la idea de que la guerra era una excepción, una anomalía, algo que había quedado atrás tras la traumática experiencia de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, hoy esa visión resulta insostenible. La guerra en Ucrania ha puesto a Bruselas frente a un espejo incómodo: su

33. En otras palabras, se trata de una estrategia de «sangrado» (*bloodletting*), donde una potencia (en este caso, Estados Unidos) apoya militarmente a un actor secundario (en este caso, Ucrania) para debilitar a otra potencia competidora (Rusia) sin involucrarse directamente en el conflicto y controlando los flujos de asistencia militar para dilatar el conflicto. Con ello se busca erosionar al rival sin que la potencia dominante tenga que arriesgarse a un enfrentamiento directo (Mearsheimer, J. (2001): *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York: W. W. Norton & Company).

34. Vales, R. (2023): «Ucrania. Una guerra proxy», en Cózar, B.; Colom, G. (eds.): *La guerra de Ucrania II: de la conquista de Lugansk a la contraofensiva ucraniana*. Madrid: Catarata-Ejércitos, pp. 187-202.

dependencia estratégica de Estados Unidos continúa siendo tan profunda como siempre, y su capacidad para actuar como un actor independiente en el escenario global es, por ahora, un espejismo.

La «autonomía estratégica» que la Unión Europea ha perseguido con tanto ímpetu no es más que un concepto teórico si no puede traducirlo en poder militar, cohesión política y capacidad tecnológica e industrial. La guerra en Ucrania ha puesto en evidencia las carencias de un proyecto europeo que todavía se enfrenta a la realidad de una cultura política marcada por el rechazo de la violencia y el uso de la fuerza. El modelo europeo, basado en la promoción de la paz y la diplomacia, choca frontalmente con las dinámicas de poder que definen el nuevo escenario geopolítico, en el que la competencia entre grandes potencias es inevitable. Si Bruselas sigue aferrándose a una visión idealizada del orden internacional, sin ser capaz de forjar un poder militar y estratégico propio del que muchos de sus miembros carecen, estará condenada a ser un espectador de las decisiones que tomarán otros actores globales.

Estados Unidos, bajo la segunda administración de Donald Trump, está consolidando su giro hacia el Indo-Pacífico con el objetivo de contener a China, mientras que Ucrania ha pasado a un segundo plano. Para Washington, la guerra ya no es un interés estratégico vital, sino un conflicto europeo que se gestiona de forma indirecta. Esta desconexión ha dejado en evidencia la fragilidad de las relaciones transatlánticas, que han quedado tocadas por un desajuste en las prioridades: Europa sigue viendo el conflicto como una amenaza existencial, mientras que para Estados Unidos es, en última instancia, un tema secundario, con la seguridad de Europa

dependiendo más que nunca de su propia capacidad de autodefensa.

A pesar de los elevados costes materiales y humanos, Rusia se mantiene en pie. La resistencia ucraniana ha desbaratado las expectativas occidentales de un colapso rápido, pero Moscú no ha logrado sus objetivos iniciales. Las promesas de «desnazificar» o «desmilitarizar» Ucrania han fracasado y, en lugar de esto, el Kremlin ha logrado fortalecer la unidad nacional ucraniana, impulsando su alineación con Occidente. Sin embargo, la Unión Europea, incapaz de transformar en hechos sus grandes promesas, ha fallado en proporcionar el apoyo necesario para Ucrania. Junto con la ventana de oportunidad abierta con Trump, este vacío ha sido hábilmente aprovechado por un Kremlin que, a día de hoy, carece de grandes incentivos para negociar la paz, tal y como se ha visto con el fiasco de las negociaciones lanzadas desde febrero de 2025.

El conflicto ha revelado, además, que el sistema internacional que emergió tras la Guerra Fría ya no es viable. La Pax Americana, ese orden internacional que pretendía garantizar un marco estable y normativo, se está derrumbando. Lo que estamos viendo es el inicio de una reconfiguración geopolítica, en la que China, Rusia, Irán y el «sur global» están emergiendo como actores relevantes en un sistema multipolar asimétrico. En este nuevo escenario, las relaciones internacionales no se definen sólo por la diplomacia, sino por la competencia directa entre potencias, en que las zonas grises y las áreas de influencia son los principales instrumentos de poder.

En definitiva, la guerra de Ucrania ha dejado claro que el sistema internacional se encuentra

en plena transformación. El orden liberal, con sus instituciones, regímenes y normas, está en declive, y estamos entrando en una fase de competición estratégica donde el poder de las grandes potencias y los actores emergentes está redefiniendo las reglas del juego. Para Europa esto es una llamada de atención: su futuro está vinculado a la capacidad de adaptarse a este nuevo mundo multipolar, pero esa

adaptación exige un cambio de mentalidad y de capacidades, algo que, hasta ahora, no ha logrado poner en marcha. Los próximos años serán clave para observar si el viejo continente puede reinventarse para continuar siendo relevante estratégicamente o, por el contrario, convertirse en un mero espectador del nuevo mundo que emergerá.

Bombardeo ruso a antenas de telecomunicación en Kiev el 1 de marzo de 2022.  
(Fuente: [www.wikipedia.org](http://www.wikipedia.org))

